La Voz de Albacete 8 jun. 1953

# Televisión

Por Joaquín CALVO SOTELO

He seguido, gracias a la televisión, la ceremonia entera de Westminster. Frente al aparato de mi hotel, al que llego después de un largo recorrido, se apelotonan los residuos de aquella parte de su clientela que, por unas u otras razones, la edad, esencialmente, ha aguantado, en rebeldía, la diana de las cinco.

"The greatst show on the Earth" (el más grande espectáculo de la tierra), dicen los periódicos refiriéndose a la coronación. Y es cierto. No cabe mayor pompa, más belleza y, para usar sus propias palabras, mayor espectacularidad. La ceremonia ha comenzado con la presentación de la Reina hecha por el arzobispo de Canterbury a los cuatro puntos cardinales de la Abadía. "Sires: He aquí a la Reina Elisabeth, vuestra indisputada Reina..." "God save queen Elizabeth", le han contestado centenares de voces, unisonamente.

La primera cámara nos ha acercado, entonces a la Reina. Va a prestar sus votos de fidelidad a su pueblo, de respetar sus leyes y sus costumbres, de ayudar a que la Justicia se haga, a que los mandamientos se cumplan, y se profesen los Evangelios. Las primeras palabras que distintamente se le oyen son éstas: "I am willing...

La emoción le vela un poco la voz, de un timbre íntimo, acaso algo infantil. Es una voz tierna y sincera. All this promise to do", responde ahora. (Prometo hacer todo esto).

Se vuelve hacia mí, con lágrimas, mi vecina de la derecha. Aunque la televisión enfrie, aleje, al mismo tiempo que lo aproxima, cuando apresa en su mágico rectángulo, comprendo muy bien sus lágrimas.

Puesto que la voluntad del pueblo ha sido proclamada y la Reina acepta el cumplir sus compromisos con sus súbditos, va a ser ungida. Los coros, cantan diversos salmos mientras el arzobispo le presenta la Biblia. Después, sobre la misma música que me vuelve a mi adolescencia de Areneros, el Veni Creator. Las brisas de Roma, no perfuman, no orean, no sancionan esta liturgia. Mi sensibilidad de católico, queda al margen de aquello, pero, prácticamente, estéticamente, el momento es magnífico. Sólo cuando Isabel haya sido ungida, ocupará el trono del Rey Eduardo. Sentada en él, con el báculo y el cetro, su rostro, tal y como nos lo muestra la cámara, tiene un cierto patetismo. La cámara, no nos transmite por desgracia, el colorido del escenario excepcional en el que la ceremonia transcurre. Pero algo ha de encomendar a nuestra imaginación. Nosotros ponemos el blanco del armiño y el escarlata de la púrpura y el brillo de los rubíes y de los diamantes y de zafiros. El arzobispo, coloca la corona sobre la cabeza de la Reina y simultáneamente los Pares del Reino y los Reyes de armas, se ponen las suyas. Las trompetas subrayan esa simbólica sintonía. El "God sava the queen", resuena de nuevo en las naves de Westminster.

Investida de todos los atributos de su suprema magistratura, comienza el homenaje. Los príncipes de sangre real, lo inician. Lleva la precedencia el Duque de Edimburgo. Deja su corona en el almohadón que le presenta un paje, asciende las gradas del trono y besa en la mejilla a su Reina como un súbdito de ella. Así el Duque de Glousester, y el de Kent. Los más antiguos en cada uno de las categorías de los títulos restantes, se arrodillan y le besan la mano. Las trompetas, ponen, también punto final al homenaje.

Aun queda la Comunión y Te Deum. Mientras los coros atacan las notas de este último, las tropas que han de desfilar poco más tarde pasan por mi hotel, justo por Harrigton Greet, hacia los acantonamienos. Las bandas militares ponen un sorprendente contrapunto a la orquesta de Westminster. Entonces, en el ánimo de cuantos estamos ante la pantalla, se entabla un duelo que de distinta forma resolvemos. El desfile, es un espectáculo trivial, pero verdadero, tangible, que podemos presenciar de una manera directa. La coronación, es un espectáculo excepcional del que nos llega, aunque exacta una referencia empalidecida. ¿Cuál de las dos solicitudes debe pesar en nosotros? ¿A cuál de los dos requerimientos debemos ser sensibles? La mayoría opta por la televisión, dos menores de edad, se lanzan a la calle y un ecléctico, caballero, entreabre la cortina del salón y mira alternativamente, a las tropas y a la comitiva.

Si quiero ver el regreso de ésta a Buckingham, no he de perder ni un minuto El metro, vuelve a prestar su ayuda. Cuando desde Victoria Station inicio mi camino las nubes desploman su carga sobre mí. Pero los veinte mil espectadores de las tribunas frente a Palacio, de los cuales sólo una tercera parte está bajo techado continúa impávida. Nadie se ha movido de su puesto. Estoicamente, aguardan que la Reina vuelva a Palacio y cuando haya entrado, a que se asome para responder a las aclamaciones de sus súbditos. Entonces a la inmensa plaza, afluye una parte de la multitud que presenció el desfile desde otros sitios. Son gentes de diversa condición social: aristócratas y obreros, jefes militares y soldados, chiquillos y viejos. Son el producto de un corte vertical de la sociedad inglesa, enlazados por un mismo aglutinante: su devoción a la Corona. Intento colocarme en una actitud de observador indiferente, pero no siempre me es fácil. Este pueblo lleva vivido varios siglos ~~sin fisuras~~, sin revoluciones, y eso es increíble, sin grietas. Su salvaguardia permanente, su vigia ha sido ese estandarte que el viento disputa a la lluvia y hace flamear en el mástil de Palacio. Esa mutua lealtad del pueblo a sus reyes y de los reyes a su pueblo, esa superación de todos los problemas constituyentes, les ha abierto anchos y seguros caminos y no ha consumido, en la esterilidad, ningún esfuerzo. El porvenir es, en todos los órdenes, secreto de Dios. Pero una de las cosas que parecen más fáciles de prever es que, mientras exista Inglaterra, siempre ante las verjas de Buckingham, la devoción británica rendirá, periódicamente sus honores. En las horas graves, como en las soleadas estos hombres se han acostumbrado a buscar su refugio y cantar sus alegrías, desde siglos bajo la protección de sus reyes. Y este vínculo, esta ligazón que el tiempo acaso pueda debilitar e incluso quebrar, se me antoja por hoy que es uno de los vínculos más fuertemente trabados que existen sobre la tierra.